

ACTUALIDAD DEL SOCIALISMO ARABE EN LOS CAMBIOS DEL PROXIMO ORIENTE

Desde los primeros meses del corriente año 1963, todo el inquieto y móvil conjunto del Próximo Oriente mediterráneo, al que los anglosajones aplican el otro sobrenombre de «Oriente Medio», ha renovado sus factores de tensiones sobrepuestas y cambios acelerados. Los factores principales han sido el establecimiento oficial del sistema del socialismo árabe en la República Árabe Unida, y la segunda revolución del Iraq, el nuevo régimen de Siria y las conversaciones de El Cairo. En un segundo plano han estado y siguen estando la consolidación del régimen del Yemen, la evolución de la crisis de la Liga Árabe y los grandes problemas de los cambios en las estructuras económico-sociales de los pueblos en la mayor parte de los países de aquel Oriente. Entre tanto, durante todo el tiempo comprendido entre enero y marzo, se ha visto que Siria y Jordania, Arabia Saudita y los cheijatos de Arabia del Sur estuvieron casi continuamente bajo estados de alarma y de represiones contra manifestaciones callejeras. En unas y otras partes las apariencias externas de los cambios (o sea en un sentido positivo o negativo) son muy diferentes, pero semejantes en las causas profundas. Estas proceden casi siempre de la urgencia y la absoluta necesidad de que en Oriente Medio se completen los anunciados procesos de modernización y popularización, por los cuales queden definitivamente suprimidos tanto los restos de las arcaicas estructuras feudales, como los poderes personalistas, las camarillas extranjerizantes y todos los sectores de existencias de grupitos de hegemonías restringidas.

De un modo sin duda algo convencional en la forma, aunque bastante realista en el fondo, puede fijarse el comienzo de la etapa actual de los cambios árabes en la fecha del 21 de mayo del pasado año 1962. Fué entonces cuando el presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser, leyó ante el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares el texto denominado «Carta Nacional». Dicho texto había sido redactado por el propio Abdel

Nasser, respondiendo a la vez a dos propósitos de teoría ideológica y práctica política. Por el primero, la Carta Nacional desarrollaba el esquema de un ideario en el cual se resumían la ideología y el simbolismo de la revolución egipcia entre los años 1952 y 1962. El segundo propósito era preparar la creación de una organización nacional popular, con el carácter de única estructura política nacional y el encargo de comenzar por elaborar una Constitución permanente.

En general, el texto de la «Carta» de Nasser venía a ser un «Corpus» extraído de las trayectorias y los objetivos de la revolución iniciada desde El Cairo. Esto valía tanto de regla para el país que ahora usa indistintamente los dos nombres de Egipto y República Árabe Unida, como de ejemplo o de orientación para ayudar a los objetivos de otros pueblos del mismo mundo de cultura y formación árabe. Así, en el texto se sucedían escalonadamente diez apartados. Se iban refiriendo a la visión general en la historia de la emancipación del pueblo en Egipto; la necesidad de la revolución; las raíces de la trayectoria de la lucha egipcia; el estudio de la regresión que siguió a la independencia, conseguida en 1922; los problemas de la democracia que se plantearon desde entonces; la necesidad de una solución socialista en el nuevo Estado egipcio o «árabounido»; las necesidades de la producción y la sociedad; la aplicación del socialismo; la unidad árabe; la política exterior.

El día 6 del siguiente mes el secretario general del Congreso Nacional de las Fuerzas Populares, Kamal El Din Husain, dió a conocer los nombres de cien miembros de tal Congreso, que quedaron constituidos en comisión de examen y revisión del plan de la Carta. Dichos nombres fueron seleccionados por la Secretaría General entre un total de 871 candidatos. Después de un cuidadoso estudio, que sólo produjo correcciones y añadiduras de detalles sueltos, la Carta fué aprobada como documento nacional básico de la R. A. U. en una sesión plenaria que el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares celebró el 30 del mismo junio. El 7 de diciembre fueron promulgados los estatutos de la Unión Socialista Árabe, que pasaba a ser el organismo fundamental de la estructuración política en el Estado árabounido. A fines del mismo tuvo lugar en el palacio de Guezireh (sobre una isla del Nilo, en El Cairo) la primera sesión de trabajo del Comité Superior de la Unión Socialista, presidida por el propio jefe del Estado», Gamal Abdel Nasser.

Aquella sesión de Guezireh tuvo gran importancia práctica, porque en ella se concretaron la composición y el funcionamiento de los diversos organismo de representación popular de la Unión Socialista Árabe. Dichos

organismos fueron denominados «Unidades», y se dispuso que fuesen de dos clases; es decir, unidades de base y unidades populares.

Unidades de base son las formadas en las aldeas y demás núcleos de población rural que tengan más de 10.000 habitantes, o en los grupos rurales dispersos que sumen entre todos por los menos 10.000 personas (necesariamente agrupadas en un solo núcleo representativo y electoral). Las unidades de base tienen, en cambio, un carácter preferentemente urbano. Son las constituidas en los ministerios y otros sectores de funcionarios del Estado; en las facultades universitarias; fábricas, minas, grandes almacenes y demás establecimientos tanto públicos como privados, que cuenten con 1.000 productores por lo menos.

Respecto al conjunto del extenso articulado en el texto completo de los estatutos de la Unión, todo puede resumirse en siete puntos:

1.º La Unión Socialista Árabe es la vanguardia del país, la que guía al pueblo y expresa su voluntad, orientando la acción nacional y controlando su progreso, según los principios de la Carta Nacional.

2.º Las formaciones de la Unión Socialista Árabe se escalonan desde la unidad de base y la unidad popular hasta el Congreso Nacional General, pasando por la ciudad, el *qism*, el *markaz* y la provincia. Cada uno de estos escalones comprende un Congreso y un Comité. En el escalón nacional están el Congreso Nacional General, el Comité General y el Comité Ejecutivo Superior.

3.º Los obreros y los campesinos formarán la mitad de los miembros, por los menos, desde las unidades de base hasta el Congreso Nacional General.

4.º En cada escalón, la autoridad más alta está constituida por su Congreso.

5.º El Congreso Nacional General se considera como la suprema autoridad de la Unión Socialista Árabe.

6.º El Comité General de la Unión Socialista Árabe constituye la autoridad de dirección suprema en las sesiones del Congreso General.

7.º El Comité Ejecutivo Superior se compone de miembros elegidos entre los del Comité General. Ejecuta las decisiones y las directivas del Comité General y ejerce sus competencias durante las sesiones. También promulga los decretos y reglamentos y orienta la política de las diversas formaciones de la Unión Socialista Árabe.

Los siete puntos anteriores quedaron completados por los detalles referentes al número de miembros de las organizaciones escalonadas, así como

de su funcionamiento. Fué dispuesto que de tales organizaciones formasen parte aproximadamente unos 500.000 ciudadanos, de los 26 millones de habitantes con que cuenta la R. A. U. Estos serán, a su vez, seleccionados entre unos tres millones de candidatos. Cada uno de éstos será examinado minuciosamente y se comprobarán las declaraciones hechas por los aspirantes respecto a sus orígenes, actividades políticas, fortuna, situación familiar, etcétera. Se trata de establecer una selección nacional política, en la cual se formen los equipos de lealtad indiscutible. Fuera de la Unión Socialista Árabe, no podrán existir otras organizaciones, que serían ilegales.

El 22 de enero terminó el plazo concedido para la aceptación de solicitudes a la aceptación de candidaturas. El número de solicitudes presentadas fué muy notable, pues sumaron 4.841.434 en un total de 6.417.021 personas. Luego llegó la pausa forzosa del mes islámico del Ramadán, que por estar consagrado al ayuno, puso paréntesis en la vida pública. Pasada la Pascua musulmana del 25 al 28 de febrero, fué fijada para el sábado 20 de abril la fecha para celebrar las elecciones de los comités de base (y organizaciones similares) en todo el territorio nacional. Todos los inscritos como miembros activos de la Unión tienen el derecho de presentarse para su candidatura tanto para miembros de los comités como para los demás sectores complementarios. Los comités irán siendo renovados por nuevas elecciones cada dos años. Después de las elecciones de abril para los comités de base se formarán los escalones superiores; es decir, los comités de las ciudades, los *qism*, los distritos o *markaz* y las provincias o gobernadoratos. Así se llegará hasta el escalón supremo; es decir, el Congreso Nacional General, considerado como la autoridad suprema de la Unión Socialista. Estará formado por una selección de miembros que realice el Comité Ejecutivo Superior. La duración del Congreso será de diez años, y se reunirá periódicamente cada dos años, aunque también podrá hacerlo en sesión extraordinaria, en casos urgentes. Cuando no esté reunido, seguirá ocupándose de sus tareas una comisión permanente que llevará el nombre de Comité General de la Unión Socialista Árabe.

En cuanto al Comité Ejecutivo Superior, éste se compone de 25 miembros elegidos entre los que integran el Comité General. Las funciones del Ejecutivo serán aplicar y hacer cumplir las disposiciones del Congreso Nacional que actuarán como asamblea legislativa.

Entretanto que llega el tiempo en que comience a funcionar todo el nuevo sistema del socialismo nacionalista egipcio o árabounido, en los círculos políticos extranjeros del Próximo Oriente, y en los sectores informativos interna-

cionales de aquel sector han abundado los comentarios sobre lo que el nuevo experimento de la R. A. U. puede significar, tanto para el inmediato destino del país del Nilo, como para la evolución del resto del Oriente Árabe. Teniendo sobre todo en cuenta la tendencia que los movimientos popularistas y las tendencias de los grupos revolucionarios de otros países vecinos tienen a tener en cuenta los ejemplos egipcios, en los referidos círculos no-arábigos de aquel Oriente se trata de tener una visión imparcial y objetiva de los propósitos que verdaderamente se encierran debajo o detrás del articulado (algo confuso, por lo resumido y lo comprendido) del estatuto oficial de la Unión Socialista. Para los deseos de los informadores internacionales ha sido en estos meses un texto muy utilizable y utilizado el de un extenso trabajo que el director del más famoso diario de idioma árabe (*Al Ahram*), Mohammed Hassanein Haykal, publicó en la prensa de lengua francesa que aparece en El Cairo. El señor Mohammed Hassanein Haykal comenzaba por llamar la atención sobre la realidad de que el mayor interés inicial del socialismo árabe está en lo que representa como nueva experiencia política. En cuanto al contenido, es evidente que las consideraciones sobre la Unión Socialista Árabe no pueden reducirse a dar contestaciones a una serie de preguntas sobre la composición o el funcionamiento de sus organismos, sino que hay que tener en cuenta el antecedente histórico en que la Unión ha nacido y se ha organizado. Así, para responder a la primera pregunta que se plantea (es decir, la de «¿Qué es la Unión Socialista Árabe?»), ha de considerarse que es «una institución edificada por todas las fuerzas laboriosas de la nación, a fin de que los elementos creadores y activos del pueblo sean los que lleguen a controlar los organismos del Estado y a impulsarle por el interés de los objetivos populares». En el orden histórico moderno, Haykal decía que ha de recordarse cómo antes de la Revolución de 1952 Egipto se encontraba bajo el monopolio de una clase restringida de su población; en poder de una minoría que no pasaba del 1 por 100, pero que acaparaba la mitad de la riqueza total. En cuanto a los partidos políticos, estaban sobre todo controlados por los grandes terratenientes agrícolas y los grandes financieros; unos y otros en conexión frecuente con intereses extranjeros contrarios al interés de la nación egipcia. Y respecto al concepto del funcionamiento de los partidos políticos, éste era el de organizaciones constituidas por clases restringidas de la sociedad, sólo para defender sectores de intereses igualmente restringidos.

La Unión Socialista Árabe ha nacido sobre el principio de que los intereses sean en provecho de todos. Por ejemplo, en las tierras, los intereses son

los de su utilización por todo el pueblo y para el máximo rendimiento. Así, la colectividad del pueblo entero ha tenido que edificar una organización capaz de defender sus nuevos valores nacionales y asegurar, en todo caso, su control. Pero esto no significa que la Unión Árabe sea un partido único, en el sentido corriente que a este nombre se suele dar en Europa. No es un partido único, porque la misma idea de partido supone una agrupación política que, naturalmente, aspira a imponerse a las demás, a dominarlas, a anularlas. Haikal dice que es un concepto de imposición que, con frecuencia, se ha observado tanto en las estructuras marxistas como en las fascistas. Según la explicación del señor Hassanein Haikal, la Unión Socialista Árabe no es un partido único; sobre todo porque no reposa entre las manos de una sola clase social. Así, se trata de una experiencia diferente, y una de las pruebas más importantes de este hecho es que la propiedad privada sigue existiendo en la R. A. U. con todo vigor, y siempre existirá, según proclama la Carta Nacional. La filosofía seguida por la Carta aspira a eliminar las diferencias entre las clases, pero sin suprimirlas y sin abolir la propiedad individual, que procede de un principio divino. Pero la propiedad privada no ha de dejar sitio al egoísmo, sino dirigirse a que las clases sociales se transformen en fuerzas vivas interiores. O, mejor dicho, habiendo comenzado por coordinar las diversas clases, trata de convertirlas en fuerzas vivas, gracias a la eliminación de todas las diferencias nacionales entre los ciudadanos.

Hasta aquí la explicación de Hassanein Haikal, destacada por su carácter divulgador, al uso de los extranjeros residentes en Oriente Medio. Pero viendo la misma cuestión desde dentro de las propias estructuras de su funcionamiento real, ha habido (desde diciembre de 1962 hasta abril de 1963) algunas tendencias que han obrado con especial predilección tanto respecto a las actividades de los ciudadanos, como a la extensión de su número y su personalidad.

Una de las principales entre las tendencias de insistencia ha venido siendo el antecedente de que en el texto del anteproyecto de la Carta Nacional, que redactó el presidente Abdel Nasser, él mismo explicó que lo esencial era conseguir que la responsabilidad de los asuntos públicos y de la vida colectiva sea a la vez graduada, repetida y constante. Así dijo: «En todos los niveles debemos tener consejos populares que controlen al poder ejecutivo, que le pidan cuentas y le expongan sugerencias... En cuanto al mando, yo sostengo la opinión de que hace falta organizarlo sobre una base colectiva en todos los escalones, de tal modo que nadie obre a su capricho. Cada uno expresará

su opinión y será necesario que la minoría se conforme con el parecer de la mayoría.»

Como otra de las más acentuadas tendencias ha venido destacando la de los valores positivos de lo imperfecto y lo incompleto. Por ejemplo, dentro de las colaboraciones y las aportaciones a la Unión Socialista, no sólo por sus miembros activos, sino por los adheridos, los indiferentes e incluso los reticentes. Sobre estos últimos se ha escrito officiosamente que «hasta ahora cooperan y han de seguir cooperando; aquellos que encuentren en la aplicación de las nuevas ideas alguna diferencia entre lo que es y lo que ellos creen que debería ser». Y se alega como explicación que las diferencias en las opiniones sobre los rumbos y las eficacias no deben ser causas de dudas ni de retraimientos, sino de un mayor aliento en el estímulo de aunar las diferentes ideas al servicio del mismo interés nacional.

En líneas generales, de una ojeada rápida parece ser que el funcionamiento del socialismo árabe, al estilo de la R. A. U., tiende a que el pensamiento sea arrastrado por la acción, y así se llegue a fundir en ella. Se trata de que si hay retrasos o recelos, dilaciones y oposiciones, no haga falta frenarlos ni reprimirlos, sino que sean arrastrados por el impulso del trabajo intenso de las masas populares y de las nuevas promociones juveniles.

Este sentido de dar prelación a lo más rápido y activo, responde a la línea directriz central de casi todas las sacudidas y transformaciones del país y el pueblo egipcios desde la revolución de 1952; es decir, el sentido de la prisa. Gamal Abdel Nasser orientó la revolución política y social en el sentido de la prisa. Ha venido diciendo que (por muchas causas, como las de las intervenciones extranjeras, las oligarquías feudales, las deficientes estructuras de lo agrícola y lo industrial, etc.) el país y el pueblo de Egipto se encontraban en un atraso que no sólo era necesario recuperar, sino reemplazarlo por un papel de guía y nexo dentro del resto de los países arábigos y otros africanos de condiciones parecidas.

Desde 1952 la lucha para ganar tiempo se concentró sobre los sectores más urgentes, que eran los del campo; por medio de la reforma agraria, la recuperación del desierto, etc. En 1956, la nacionalización del canal de Suez y la preparación del proyecto de la nueva «Alta Presa» de Assuán respondieron a la misma urgencia principal de salvar el campo y los campesinos en un país donde todo procede del Nilo y vive sólo gracias al Nilo. La agresión sufrida en el Sinai y en Port-Said, poco después, hizo que la labor de recuperación agraria y del nivel de vida popular acentuase su carácter de defensa bélica. Cuando el pueblo egipcio se dió cuenta de que quienes

se oponían a su recuperación vital eran quienes también lo hacían a su independencia, consideró que todo éxito obtenido en la economía, la enseñanza, la sanidad, la administración local, etc., constituía como una victoria en un campo de batalla contra los residuos o los recuerdos del subdesarrollo.

Fue una realidad especialmente puesta de relieve por el mismo Nasser con ocasión del discurso que el 23 de diciembre pronunció en Port Said, en el aniversario de la defensa de 1956. Entonces dijo que el interés de aquella defensa consistió en el hecho de no haber sido sólo una batalla en la cual una parte gana y la otra pierde. La jornada de Port Said «fue una batalla que llevó a la nación al descubrimiento de sí misma y de sus posibilidades; a volver a encontrar su confianza y ver el objetivo de su existencia desde un nuevo punto de vista. Somos una nación que entonces se animó con la determinación de combatir; una nación que no se deja intimidar por las grandes potencias ni por las flotas poderosas; una nación que se descubrió a sí misma y que decidió lanzarse por la nueva vía que le permitiría edificar sólidamente su destino. Así, la batalla de Port Said y de Suez probó que la Revolución era la de todo ciudadano libre, la de las fuerzas populares activas que, entonces, se pusieron en acción. En Port Said, del corazón de la batalla, surgieron los decretos de egipcianización de la economía, surgió el primer Plan de Industrialización, en beneficio de las fuerzas populares..., y del corazón de la batallade Port Said se inspiraron los principales capítulos de la Carta Nacional...»

Otra etapa esencial de la sucesión de explicaciones del presidente de la R. A. F. fue la del discurso pronunciado el 9 de enero de este año, al inaugurar las obras del sector principal en la «Alta Presa» de Assuán. Entonces volvió a insistir en que las obras de esta nueva Gran Presa no representan sólo una enorme realización material, sino la expresión de la voluntad de desarrollo y continuidad de un pueblo entero puesto en pie. Desde 1956 los egipcios han estado dispuestos a hacer lo posible y lo imposible para construir la Gran Presa, y una de las finalidades esenciales ha sido la prosperidad del pueblo entero. Por otra parte, la presa contribuirá a la nivelación social en grados de mejora, con disposiciones como la de que el millón de «*feddanes*» de nuevos regadío sean distribuídos entre los agricultores más modestos. Así, la coalición de fuerzas activas de la nación, que ha sido organizada para el empeño inmenso de salvar la Presa y el Canal, ha sido un entrenamiento de acción simultánea que luego se va aplicando a las demás tareas de la cooperación sindical y cooperativa, la enseñanza, la vivienda, la industrialización, la recuperación del desierto, etc., etc.

En aquel mismo discurso de Assuán destacaron otros párrafos en los cuales se subrayó la relación del esfuerzo unitario-popular árabounido en relación con los otros pueblos del arabismo. Así fue la afirmación de que desde el 23 de julio de 1952, las Fuerzas Armadas de Egipto han venido desempeñando el papel de vanguardia egipcia y árabe, y la de que «habiendo conquistado nuestra propia libertad, tenemos un deber para con los otros árabes, a quienes debemos ayudar». En todo caso, los pueblos árabes deben edificar su propio porvenir por sí mismos, es decir, sin presiones ajenas ni presiones internas.

Así se ha llegado a la etapa más significativa en lo más reciente; es decir, le del otro discurso de Gamal Abdel Nasser, pronunciado en la Plaza de la República, de El Cairo, el jueves 21 de febrero. Bajo el toldo de una enorme tienda de campaña, que estaba llena de representaciones oficiales y oficiosas de otros países y territorios árabes (sobre todo Irán, Yemen, Argelia, Palestina, Líbano, etc.), así como representaciones de los movimientos nacionalistas en varias partes de Arabia, Abdel Nasser pronunció una extensa alocución, cuyo texto ha constituido durante las semanas posteriores el telón de fondo de las tendencias panarábigas en el resto del Oriente Medio.

El Jefe del Estado de la R. A. U. comenzó por una expresión respetuosa de gracias a Dios, tanto por haber concedido a los pueblos árabes la paciencia y la fe en su victoria común como por haberles dado un año de progresos continuos y grandes esperanzas. Luego dirigió una salutación especial al pueblo del Iraq, respecto al cual todo el arabismo espera un gran resultado de su participación al esfuerzo común. Luego otros saludos, también «en cuerpo y alma» a los triunfantes pueblos del Yemen y Argelia, así como un recuerdo dolorido al pueblo palestínés. Respecto a Siria, la afirmación de que «la catástrofe de la separación hace año y medio» no representaba el sentir profundo del pueblo sirio, el cual sigue luchando bajo presión por el ideal de la unidad. Luego, en esencia, la afirmación de que todos quienes crean en el común destino de los árabes deben encontrarse incluso antes de conocer sus nombres; sólo por la comunidad de objetivo. En el fondo lo que interesa es que los países árabes sean libres, que los gobiernen o dirijan sus propios pueblos y que todos conserven la sensación de que forman parte de un mismo conjunto histórico y humano; es decir, la «Nación Árabe» en sentido genérico.

Después de Abdel Nasser habló el ministro del Interior del Iraq, Alí Saleh Es Saadi, quien dijo que el pueblo iraquiano siempre vió en la R. A. U. el núcleo fundamental de la gran federación o unión

panárabe deseada. Este sentido se perdió momentáneamente en Bagdad por causas extrañas, pero ha vuelto a confirmarse después de la revolución del 14 de ramadán (9 de febrero). Según el señor Saleh Es Saadi, esto confirma que en todo país árabe «la voluntad popular representa y ha representado a la vez el principio y la finalidad; y la confianza en este sentido popular es el único camino de seguridad». La experiencia de cómo se hicieron la unión y la separación de Egipto y Siria ha sido «violenta y decisiva» en el camino de la revolución árabe; y por eso deba ser profundamente estudiada, para evitar nuevos errores en la tarea de «apretar los eslabones de una gran cadena que servirá para abrazar indisolublemente todas las naciones árabes».

Considerando lo más objetiva y serenamente posible la novísima trayectoria apuntada en los actos del día 21 de febrero, parece indudable que han marcado una fecha esencial en la historia del arabismo contemporáneo. Esto es por tres motivos principales. Primero: La circunstancia de que dichos actos fuesen organizados por la Secretaría General de la Unión Socialista Árabe, con lo cual dicha entidad política ha quedado emplazada en la cabecera del panarabismo activo. Segundo: La consecuencia de que las teorías de unión y coordinación entre los países de formación y lengua árabe se centren rápidamente sobre los movimientos de masas. Tercero: La desaparición de las antiguas fórmulas de articulación regional que venían imperando en los espacios del Próximo Oriente u Oriente Medio desde las dos guerras mundiales y su segunda postguerra hasta 1958, por lo menos. Estas teorías se caracterizaban por el predominio de las fórmulas de «equilibrio» o «equilibrios». Ahora se tiende a intentar que no haya equilibrio, sino eje.

Las teorías del equilibrio nacieron sin duda en los últimos tiempos del Imperio turco de Estambul, cuando algunas grandes potencias establecían sobre las regiones arábicas de ese Imperio sus zonas de intereses e influencias. Se implantaron las mismas teorías después de que la mayor parte de los sectores árabes del Próximo Oriente quedaron repartidos entre mandatos, protectorados y satélites forzosos de Francia y Gran Bretaña (aparte las influencias parciales y locales italianas, y después las norteamericanas o las soviéticas). De las potencias extranjeras pasaron a las naciones locales, sobre todo por la rivalidad de las monarquías y las dinastías de El Cairo y de Bagdad; ambas aspirantes a una hegemonía regional que no casaba con sus estados de semi-independencias restringidas. La misma Liga Árabe fué en sus comienzos un

intento de crear un balancín movedizo que tuviese en sus dos platillos a Bagdad y a El Cairo. Así siguió siendo hasta Kassem, pero los nuevos dirigentes iraquíes o iraquianos han vuelto al sentido nacionalista arabista que se frustró en la revolución del 14 de julio de 1958. Por primera vez en el Oriente Medio se busca un eje único de dirección entre varias ruedas complementarias. Según afirmó y repitió con especial insistencia en la capital del Nilo el ministro iraquí, Alí Saleh Es Saadi.

Los discursos de la Plaza de la República tuvieron una doble repercusión arábiga e internacional. En ambos sectores, lo que más impresionó fué la identidad de puntos de vista y aspiraciones que aparecía evidente en las palabras del Jefe del Estado de la R. A. U. y del ministro iraquí. Pero además, el tono vibrante de las palabras de Alí Salah Es Saadi provocó sacudidas especiales en varios países contiguos; sobre todo en Siria, donde la prolongación de una doble crisis ministerial y moral tenía al país siríaco en situación de gran confusión política y económica desde comienzos del corriente año. En Damasco, Jaled el Azem seguía figurando teóricamente como Jefe del Gobierno, pero su Gobierno estaba en cuadro y prácticamente agotado, mientras las funciones del mismo Jaled el Azem se encontraban disminuidas hasta el punto de que no asistió a las ceremonias de la Gran Mezquita damascena en ocasión de la Pascua islámica. Entretanto, el Presidente de la República, Nazem el Qudsi, trataba de formar un Gobierno de técnicos y funcionarios que sirviese de transición hasta que se redactase un proyecto de Carta Nacional Siria, que preconizaban los políticos locales separatistas.

Un factor esencial de las modificaciones damasquinas, en varios sentidos desfavorables para los actuales gobernantes, fué la actitud del poderoso partido «Baaz», es decir, el del socialismo árabe sirio, cuyos principales portavoces son Michel Aflak y Salah el Bitar. Desde mediados de febrero, el uno y el otro se negaron tenazmente a ocupar el poder o a participar en cualquier nuevo Gobierno sirio, mientras dure la actual tendencia separatista de no cooperar con la R. A. U. ni con los amigos de la R. A. U. En cambio, Aflak y Bitar se dirigieron a Bagdad (junto con otros siete dirigentes de su partido) para cambiar amistosas impresiones con los jefes de la revolución iraquí. Fueron expresamente invitados por dichos jefes iraquianos y en una conferencia de prensa se mostraron tan claramente favorables al nuevo régimen de Bagdad como dispuestos a allanar sus pasadas diferencias con los gobernantes de El

Cairo. Michel Aflak dijo concretamente respecto al Iraq que su nuevo régimen no puede ser considerado como netamente baazista, aunque es cierto que los baazistas del Irak han ayudado a la revolución de su país. Y sobre la R. A. U., Aflak expresó su opinión de que «el movimiento del presidente Nasser ha sabido obtener grandes progresos de las elecciones de los acontecimientos» y que por ello las anteriores diferencias entre el socialismo egipcio se han reducido considerablemente.

Fuera de Siria, los numerosos emigrados damasquinos, alepinos, de Homs, de Hama, etc., que se han refugiado en El Cairo, constituían unos de los elementos más destacados de las masas presentes en la plaza de Al Tajri-ir, donde llevaban cartelones en nombre de «los hijos de la región Norte» (es decir, Siria, cuando formaba parte de la inicial R. A. U.). No menos destacados eran los manifestantes palestineses, sobre todo procedentes de la zona de Gaza. En cuanto a los estudiantes de Kuwait o Koweit residentes en el país del Nilo, su federación oficial ha tomado desde febrero la iniciativa de ir celebrando una serie de actos de concentración en los cuales se agrupan (con orientaciones federalistas y panarabistas) las federaciones de los estudiantes sauditas, jordánicos, iraquianos, yemenitas, palestineses y del Omán residentes en la capital del Nilo.

Entre tanto, el general Mohamed Sidqui Mahmud, comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas de la R. A. U., había efectuado una solemne entrega de condecoraciones árabounidas a los aviadores sauditas y jordánicos que en 1962 buscaron en El Cairo asilo político. Al acto se asociaron simbólicamente los distintos círculos político-culturales que gravitan en torno a los ambientes de la Liga Árabe. Además sirvió para que en las páginas de los periódicos cairotas de expresión francesa se subrayase que la confluencia sobre la capital egipcia de los refugiados unitaristas es una prueba de que los ideales de coordinación árabe tienden a alinearse en la trayectoria del país, que le ha dado, con mayor empeño, un sentido de nivelación social.

En otros sectores informativos extranjeros de la capital egipcia, al señalar que la nivelación del socialismo árabe es original y no procede del marxismo, citan en apoyo de esta afirmación el testimonio del Rector de la milenaria universidad islámica de Al Azhar; es decir: el Chej Mahmud Chaltud. Desde diciembre del año 1961, el Chej Mahmud Chaltud viene propagando (tanto en libros y artículos como en sermones y alocuciones) la tesis de que el sistema del islamismo establecido por los

primeros legisladores que se apoyaban en el Corán no fué sólo una religión de preceptos espiritualistas, sino una organización completa de las relaciones mismas y los asuntos públicos para el interés igualitario del conjunto de la sociedad». En el mensaje radiado que con motivo de la Pascua de este año de la Hégira dirigió el Chej del Azhar a todos los musulmanes del mundo, reiteró su convicción. Desde el sector solamente árabe (y con sentido naturalmente sólo de oportunidad circunstancial), el Presidente de la República iraquí, Abdel Salam Aref, ha declarado oficialmente que no existe ninguna oposición ni incompatibilidad entre el isuamismo y el socialismo de forma árabe.

Esto centra otra vez, y de otro modo, la atención sobre el Iraq y los aspectos internos de los sucesos del día 9 de febrero, que correspondió al islámico 14 de ramadán. Después de que las primeras informaciones, contradictorias y confusas, sobre aquellos sucesos quedaron fijadas con la toma del poder por el Consejo Nacional de la Revolución, fué formado un Gobierno de veintiún miembros y se nombró presidente de la República al coronel Abdel Salam Aref, con el nuevo grado de «muchir» o mariscal. Otra etapa posterior señaló el fusilamiento de Abdel Karim Kassem y un reajuste de la eliminación de la dictadura, reajuste comenzado de un modo sangriento. La calma y la normalidad comenzaron a ser efectivas desde que el 11 del mismo febrero volvieron a funcionar las oficinas y los establecimientos comerciales volvieron a abrir sus puertas.

Desde entonces pudo resumirse el sentido general de los tres días de efervescencia violenta en Bagdad. Por una parte, fué evidente que la llegada al poder del antes coronel Aref no significaba una revolución nueva, sino simplemente que la revolución de julio de 1958 alcanzó sus objetivos iniciales, después de haber seguido un camino difícil y tortuoso. Fué el camino de la total hegemonía de Kassem, sobre la cual los círculos de información anglosajona en Oriente Medio llegaron a poner en circulación la frase que la calificaba de «anarquía organizada». Aunque más exacto hubiera sido decir que en líneas generales el papel de Kassem, más que como malo o como bueno, había llegado a explicarse con la frase de «enloquecido por el recelo».

Respecto a las posibilidades de los cambios producidos por la nueva posición de la segunda sacudida iraquiana, tanto dentro de su territorio como de los países contiguos, los comentaristas que han tratado de analizarlos desde lejos (sobre todo desde algunas capitales del Oeste de Europa) han tendido al error de querer conocer sólo si el nuevo

régimen de Bagdad es más o menos favorable o adverso a los anglosajones y los soviéticos; más o menos propicio a continuar la relación con las compañías extranjeras que extraen el petróleo iraquí. Pero no se trata tanto de saber con quién se alinearán los nuevos gobernantes de Bagdad, sino de cómo se articularán. Y el primer indicio de esto ha sido la observación de que los dirigentes del régimen del 14 de ramadán están tratando de volver a enfocar toda su política arábica y próximo-oriental, no desde fuera hacia dentro, sino desde dentro hacia fuera. Esto se refiere en primer término a que la dramática evolución moderna de la nación del Tigris y el Eufrates ha venido siendo más cosa de las personas de carne y hueso que de los programas teóricos o los intereses financieros de las grandes compañías industriales mundiales.

En este sentido ha constituido un frecuente error el de atribuir las crisis y convulsiones iraquíes casi sólo a las propagandas ideológicas y a las presiones de las compañías petrolíferas. Con o sin el dinero de los tantos por ciento de las ganancias del petróleo, éste casi no llegaba hasta las masas populares iraquíes, cuyo bajo nivel de vida no acababa de estabilizarse, porque los sucesivos regímenes del Mandato británico, la monarquía de los Hachimitas y el poder personal de Kassem no llegaron nunca a darles la estabilidad de un nivel normal de vida y casi tampoco la seguridad personal.

Así, la piedra angular de la labor que han iniciado los dirigentes del Consejo de la Revolución y del Gobierno de Bagdad se refiere con mayor urgencia a adoptar medidas de efectiva igualdad política y económica dentro y fuera. Por una parte, el mayor acento de la recuperación y el desarrollo interiores se está poniendo en las radicales reformas agrarias y sociales, públicamente anunciadas por el primer ministro, Ahmed Hassan Bakir. Esto se apoya inicialmente en una urgente reforma de la propiedad y la vivienda rurales, así como programas de desarrollo de cooperativas y centros rurales de formación social. Por otra parte, el ministro de Asuntos Exteriores, Taleb Hussein Chebib, ha dicho que también se atenderá a la igualdad y nivelación en las relaciones amistosas con los otros países árabes, especialmente con los que se orientan en el mismo sentido de elevación de sus masas más numerosas.

En los sentidos externos e internos, los deseos de resolver los problemas por intercambios directos e igualitarios de puntos de vista se ha manifestado en dos de los más graves problemas que se habían

creado (o mejor dicho se habían agudizado) durante el tiempo del mandato del general Kassem. Uno era el del empeño de anexionarse por fuerza el Emirato de Kuwait o Kuwait, lo cual ha sido sustituido por contactos amistosos para estudiar las posibilidades de establecer algunos lazos parciales de cooperación regional más o menos federada. Otro era el del estado de sublevación de las tribus del Norte, de raza kurda, a los que Kassem había reprimido muy duramente, después de incendiar y arrasarse centenares de aldeas. Desde que en el Kurdistán se supo el triunfo de Aref y sus amigos, el jefe de la «resistencia» de los «kurdos» (es decir, de la cábilas o clanes), Mustafá el Barzani, dió orden de suspender en el acto la lucha guerrillera. Luego fueron a Bagdad dos representantes de los kurdos del Norte, que allí iniciaron conversaciones con el ministro de Estado, general Fuad Aref, que es de origen kurdo también. Lo mismo ocurre con el propio Jefe del Gobierno, coronel Hassan Bakir. Así, al final de marzo se esperaba llegar entre las autoridades de Bagdad y los kurdos de la región tribal por lo menos a un «compromiso de respeto», en tanto que se ponen en vigor las disposiciones que se iniciaron en 1958 para que el Iraq sea oficialmente un «Estado doble», es decir, árabe y kurdo, aunque con un solo poder central.

Parece ser que las buenas voluntades iraquíes respecto a los kurdos dentro y a la R. A. U., a Kuwait, al Yemen, etc., etc., fuera, son pruebas de una general tendencia que los regímenes populares árabes más estrictamente nacionalistas manifiestan de no irse consolidando, tanto por efectos espectaculares, sino por medidas constructivas prácticas que se van escalonando según las posibilidades. Todo se explica por varias frases hechas, como el «slogan» que dice «Ni a derecha ni a izquierda, sino fieles a nosotros mismos y a nuestros pueblos». Responde al empeño de concentrarse sobre las propias modernizaciones de unificación social y de romper todas las barreras de los regímenes autocráticos o feudales que no dejen paso a esas modernizaciones.

El prestigio actual de la República Árabe Unida y de su creador, Gamal Abdel Nasser, entre los grupos reformistas de todos los sitios de mentalidad y civilización arábicas se explica precisamente porque la R. A. U. ha iniciado el camino de lo popular, lo igual, lo moderno y lo cooperativo. Pero también obran a favor del Presidente de Egipto, de sus colaboradores y de su país en general, ciertas cualidades de realismo muy concreto que forman parte de la teoría y práctica de su

socialismo árabe o «Ichtirakiyya Arabiyya». Son las del constante sentido de la responsabilidad y la autocrítica. En el discurso que pronunció durante la sesión inaugural de la Comisión preparatoria del Congreso Nacional de Fuerzas Populares, el año 1962, el Jefe del Estado de la R. A. U. dijo que el punto esencial de los esfuerzos para hacer una patria mejor y más completa era el de: «Luchar contra nosotros mismos, contra nuestros puntos débiles, para no olvidar durante el camino los objetivos señalados; para no dejarnos inducir a error por la simple apariencia de las cosas y para no olvidar nunca que somos, ante todo y sobre todo, una generación sobre la que recae la responsabilidad de la acción revolucionaria.»

Este programa pasó hasta los textos que aclaran y dirigen el sentido de la Unión Socialista Árabe; es decir, unos textos en los cuales se dice que «el mejor factor de estímulo y de éxito es reconocer con toda sinceridad nuestras realidades, sin tratar de disimularlas».

Vino después el golpe de Estado sirio del viernes 8 de marzo, el cual resultó menos sorprendente que el anterior del Iraq. Realmente, la rápida deterioración del sistema de Nazim el Qudsi como jefe del Estado y de Jaled el Azm como jefe del Gobierno, había perdido toda legalidad desde que no contaron ni con la calle ni con los más influyentes grupos políticos. La toma del poder por los jefes militares de Damasco y la designación del Gobierno de concentración presidido por Salaj Eddin Al Bitar fueron consecuencias lógicas. También lo fué después la aproximación entre los tres regímenes nacionalistas populares de El Cairo, Bagdad y Damasco, así como los deseos de una posterior expansión hacia los de Argel y Sanaa.

Fruto primero de la nueva revolución siríaca y del deseo unionista de sus masas (aunque dicho deseo fuese menos visible por parte de algunos dirigentes) fueron el primer contacto de las delegaciones iraquiana y damascena con los gobernantes egipcios en El Cairo, del 14 al 16 de marzo; las conversaciones de los jefes de la República Árabe Unida con la delegación siria presidida por Salaj Eddin Al Bitar, el 19 y el 20; la visita a las tres capitales, egipcia, iraquí y siria, de la delegación argelina que presidía el coronel Bumedian; y el anuncio de nuevas conversaciones tripartitas (de la R. A. U., Iraq y Siria) otra vez en El Cairo después del 6 de abril.

Tantas idas y venidas han revelado que en las conversaciones de El Cairo han coexistido aspectos negativos y positivos. Pueden explicarse a la vez diciendo que todos quienes conversan y deliberan dicen estar conformes en crear una unidad más o menos federal entre los llamados «Estados árabes

liberados» (o sea, los de estilos socialistas), pero no se ponen de acuerdo sobre los medios de realizarla.

Entre los factores negativos obra el maliciosamente apuntado por algún órgano de información de lengua francesa, de que lo más difícil es fijar dónde estará la cabecera de la federación. En lo positivo, el factor es el de que el mayor vínculo actual entre la R. A. U., Iraq, Siria, Argelia y Yemen consista en las comunes tendencias del referido socialismo arábigo o islámico... En todo caso, la R. A. U. y su presidente, Gamal Abdel Nasser, siguen conservando sus factores de solidez moral por varias causas, al margen de las distintas opiniones subjetivas respecto a quien tenga o no tenga razón. La causa mayor es que ni la R. A. U. ni sus gobernantes han forzado los acontecimientos ni han presionado para que se originen, sino que han dejado que se produjesen por una evolución en gran parte prevista. Así, la nación egipcia o arabounida conserva entre los factores de su mayor prestigio el de la firmeza de sostener su puesto y sus ideales, sin ceder ante las circunstancias adversas. Es una ideología y una política que siguen apoyándose en el afán de que el arabismo propio constituya tanto el acicate como la meta para el arabismo de los demás.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

NOTAS